

reversibilidad de las penas y de la expiación por la efusión de la sangre inocente, su conversión de las razas salvajes y primitivas en razas decaídas y su severidad con la mujer, á quien condena á eterna sujeción, son ideas derivadas, no siempre lógicamente, del dogma de la caída y la redención, y se pueden considerar la nota sobregada del providencialismo pesimista; concepción, más bien que de pensador, de poeta fogoso.

Por el brío y la originalidad y extrañeza de sus ideas teocráticas, y la belleza de la forma con que las vistió, de Maistre influyó mucha más que Bonald. Sería interesante un estudio referente á su acción en España, y un paralelo entre él y el gran Donoso Cortés, en quien tuvo otra alma gemela. ¿Y cómo no ensalzar en de Maistre la belleza del estilo, ya caldeado por la elocuencia, ya sombríamente realista, ya sonoro y grave como tañido de campana, ya cortado y aforístico como los versículos del libro de los Jueces ó de los Macabeos? ¡Quién sabrá lapidar la frase mejor que el hombre que contestó, cuando le decían que Napoleón se proclamaba enviado del cielo: «Sí, como el rayo!»

Hoy va cayendo de Maistre en injusto olvido, caso fácil de prever, y que él también profetizó, cuando más ruido producían sus escritos y más se difundía su pensamiento. No debemos omitir que este apologista, á veces sospechoso á la Iglesia por su mismo ardor, era tan sincero como Bonald, y si no fué lo que se llama un santo, ni tuvo del cristiano la humil-

dad y la caridad, fué ajeno á la inconsecuencia, al egoísmo, á la vanidad y al interés. Su vida, consagrada al servicio de un monarca despojado y combatido por las revoluciones, es un prolongado sacrificio. Al saber que están confiscados sus bienes, sólo se le ocurre decir: «No por eso he de perder el sueño.» La emigración le trae la estrechez y la penuria; vive vendiendo secretamente la plata que le queda, y aspirando, sin embargo, á representar con decoro en la corte de San Petersburgo á su menesteroso rey; lo precario de su situación le obliga á separarse de su familia, y la falta de un gaban de pieles, indispensable en aquel duro clima, á pasar el invierno sin salir de casa más que cuando tiene que cumplir, á cuerpo gentil, sus deberes diplomáticos. La ausencia de los seres queridos no le es tan indiferente como la confiscación; al contrario: los afectos naturales de padre y de esposo brotan expresivos de la misma pluma que grabó con fuego la teoría de la expiación y la apoteosis de la sangre. Una niña nacida después de la separación, y ya de edad de doce años, la hija á quien no conoce, cuyo rostro se imagina mil veces, es su mayor anhelo, precisamente por eso, porque no ha visto su amado semblante. No puede resignarse «No—escribe—, nunca me acostumaré. Cada vez que me recojo á casa la encuentro más sola. El temor de dejar el mundo sin haberte conocido, hija mía, es horrible para mi imaginación. No te conozco, pero como si te conociese te quiero. Hasta se me

figura que de este duro destino que me ha separado siempre de ti, nace un secreto encanto: el de la ternura multiplicada por la compasión.» Nótese en el párrafo que cito el romanticismo del sentimiento, tan diferente del romanticismo altanero y amargo de Chateaubriand. Cuando á de Maistre se le marcha voluntariamente un hijo al campo de batalla, el padre, el apologista de la guerra, exclama con tierna sencillez lo que una madre podría exclamar; «¡Ah! ¡Nadie diga que sabe lo que es la guerra si no tiene en ella un hijo!»

Al parecer, murió de Maistre desalentado, amargada la boca por la hiel que también hubo de tragar Bonald: los monarcas de derecho divino aceptando constituciones, cartas, imposiciones del espíritu moderno; la Restauración sancionando, en parte, la obra de la Revolución. «Europa está moribunda y yo también. Me da vueltas la cabeza; este año me he alimentado de agenjo», escribía José de Maistre poco antes de quedarse paralítico. Su tintero se secó; las *Veladas de San Petersburgo* no se concluyeron, no por falta de tiempo quizás, sino porque á su vez la voluntad se había paralizado. Y sin embargo, el escritor tan sagaz para antever los sucesos futuros no acertó á predecir que aquella casa real de Saboya, á la cual consagró su vida —y eso sería poco—, hacia la cual sintió esa lealtad monárquica que inspira tan pasmosos rasgos de abnegación á los personajes de nuestro teatro antiguo, llegaría á despojar de su soberanía temporal al Papa,

cuya autoridad infalible sostuvo con tanta elocuencia el mismo conde de Maistre. Si el teórico de la Monarquía y del Papado levantase cabeza, ¿cómo haría para ser juntamente vasallo fiel del rey de Cerdeña y buen hijo del Sumo Pontífice? Quizás insistiría en lo que ya una vez declaró: que estando todos los actos de los monarcas sujetos á la razón de Estado, fiarse en una corte es como acostarse para dormir en paz sobre las alas de un molino de viento.

El renacimiento religioso provocado por los acontecimientos políticos y sociales y por la reacción contra la generación enciclopedista; el culto de la naturaleza revelado por Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, no fueron las únicas corrientes que afluyeron al romanticismo. Ha llegado el momento de tomar en cuenta otras influencias distintas de las nacionales, pues nunca, y menos en este siglo, dejaron los pueblos de pasarse unos á otros la antorcha encendida; y es hora de recordar que dos años antes de que apareciese el *Genio del Cristianismo*, madama de Staël publicaba su obra *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, formulando las leyes de raza y nacionalidad en las letras, pensamiento genial, completado años después por otra obra digna de eterna memoria, el libro sobre *Alemania*. Hoy el contraste entre las dos literaturas y las dos razas, la latina sensual, pagana, plástica, luminosa, pero limitada y sin vistas á lo infinito; la germánica, vaga y con-

fusa, saturada de melancolía, envuelta en brumas, más profunda y más pensadora, es una trillada vulgaridad—notemos de paso que la palabra *vulgaridad* la inventó madama de Staël—; pero cuando la gran literata comparó por primera vez las literaturas del Mediodía y las del Norte, hacía un descubrimiento.

No quiere decir que un país como Francia desconociese por completo el tesoro del Norte. Voltaire, por ejemplo, trató de imitar á Shakespeare á su modo, y á no sobrevenir la Revolución, quizás desde mediados del siglo XVIII los anglófilos hubiesen precipitado la explosión del romanticismo. Novelas inglesas como la sentimental *Pamela* disputaron á la *Nueva Eloísa* el interés y las lágrimas de los sensibles lectores franceses; el estreno de *Hamleto* en París fué un triunfo, y tanto gusto le tomó el público á Shakespeare, que el mismo Voltaire, desde la antesala del sepulcro, se alarmó viendo en peligro sus convicciones literarias y arremetió contra el inglés tratándole de bárbaro, borracho y grosero, lo cual no impidió que cundiesen las traducciones de novelistas y filósofos británicos. En realidad, esta comunicación con Inglaterra no era una influencia todavía: el nuevo continente estaba señalado, no descubierto; los autores franceses leían á los ingleses sin inspirarse en ellos; y el *oro del Rin*, el genio alemán, ni lo sospechaban.

Antes de llegar á madama de Staël, importadora y definidora de la palabra *romanticismo*, recordemos una influencia del Norte que actuó

poderosamente sobre los románticos prematuros: los poemas de Osián.

Cierto maestro de escuela escocés, Macpherson, á quien hoy contaríamos entre los *folkloristas* por su afición á recoger en las aldeas canciones y viejas baladas, dió á la imprenta en 1762 una colección de cantos épicos, atribuidos á un bardo del país de Gales, Osián, hijo del héroe Fingal. El tal bardo Osián había vivido en el siglo III antes de Jesucristo, y Macpherson traducía su ruda lengua gaélica primitiva al inglés moderno, pues de otro modo, sólo los eruditos podrían gustar las bellezas de aquella poesía sublime. Fué saludada la aparición del hijo de Fingal con transportes de entusiasmo, no sólo en Escocia, halagada en su tenaz patriotismo, sino en Alemania, donde el famoso Herder, atento á las misteriosas *stimme der Volker* (voces de los pueblos), se extasió creyendo escuchar en la del viejo bardo de Caledonia la de la raza céltica. No entró menos triunfalmente en Francia Osián. Denis lo celebró porque representaba al Norte, región antes olvidada y oscura como los campos Cimmerios. «Grandes son Homero y Virgilio—exclamaba Denis—, pero también Escocia tiene su Eliseo, sus bardos, sus guerreros, sus campos de brezo, sus colinas de plata y luz. ¡Osián! Nunca marchitarán los años esos laureles del Norte agrupados en torno de tu sien...» El clamor general fué que Homero quedaba eclipsado, y que no servía Aquiles para descalzar á Fingal, el de los rubios cabellos. ¿Y quién se atrevería

á discutir esta opinión profesada á la vez por el Júpiter de la guerra y el del arte, por Napoleón y por Goëthe? Mientras Goëthe decía sin ambages: «Osián ha suplantado á Homero en mi corazón», el vencedor de Europa, á su vuelta de Egipto, murmuraba enojado, al oír un canto de Homero: «Basta de palabrerías», y rompía á declamar entusiasmado los poemas de Osián.

Osián traspasó los límites de la influencia literaria; fué una moda y un contagio. En los relojes de sobremesa, en los jarrones de Sèvres de la secatona época imperial, todos recordamos haber visto á Oscar y á Malvina, á Osián apoyado en su arpa, á Fingal moribundo. La fantasía se llenó de rayos de luna y espectros de niebla, de héroes muertos y de cráneos humanos en que se bebía hidromiel; de cascadas espumosas y mugidores torrentes—, y estos atributos destronaron á los cipreses, sauces y mausoleos impuestos por el poeta inglés Eduardo Young y sus lúgubres *Noches*. Los poemas de Osián son el romanticismo que le podía caber en el alma á Bonaparte: aquella lista de hazañas y aquel culto del heroísmo le cuadraban tan bien como las óperas de Wagner á la fundación del imperio alemán.

Hoy cualquiera trata de miopes á los que tragaron como pan bendito la superchería de Macpherson, que era realmente el único autor y forjador de los poemas á Osián atribuidos. Cuando todo el mundo es miope, es como si no lo fuese nadie. Excepto algunos eruditos ingleses que sospecharon el fraude desde el princi-

pio, Osián engañó á la gente de más fuste de Francia, Italia y Alemania. Leyendo yo en un libro acerca de la engañifa osiánica que el falsario Macpherson no tenía talento, pensé ¿qué haría si llega á tenerlo? Más que engañifa se puede llamar á los poemas de Osián restauración artificiosa, pues están inspirados en viejos cantos auténticos y rudos del país de Gales. Por otra parte contienen grandes bellezas; el forjador poseía alientos de poeta, y á no haberse conocido la mácula, los cantos de Osián se contarían hoy entre las obras maestras del arte. No es justo despreciarlos porque los compusiese, en lugar de Osián, hijo de Fingal, un maestro de escuela del siglo XVIII, y Macpherson podría recordar en su abono aquella conocida fábula de Iriarte, que termina así:

«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito; salió de mi cabeza.—¿Conque es tuya?

—Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecía,
critíquemela ahora porque es mía.»

Nadie puede negar á los poemas osiánicos la cualidad de haber satisfecho plenamente las exigencias de una época en que el espíritu, cansado de cuentecillos picarescos, hastiado de las flores de trapo del ingenio, reclamaba á las voces un baño de tristeza ensoñadora; no quería sol, y suspiraba por las nieblas y las brumas septentrionales. Eterna gloria de la Staël es haber servido en tan decisivos momentos como de brújula, señalando fijamente hacia el Norte.

La baronesa de Staël (1) es el único escritor francés que á principios del siglo puede hombrarse—empleo el verbo á propósito—con Chateaubriand. Así como éste representa la contrarrevolución, el renacimiento del cristianismo estético y el blanco pabellón de las lises, la hija de Necker simboliza la causa de la libertad política, el optimismo y el análisis. Expliquemos bien en qué sentido era revolucionaria aquella mujer.—A nadie le parecieron más odiosas que á madama de Staël las sangrientas orgías del Terror; y cuando vió á María Antonieta calumniada y arrastrada por el fango, elevó la voz para defenderla, con ardimiento generoso. Pero los horrores de la Revolución, que la consternaron, no hicieron vacilar su esperanza firme; calculó que nada violento es durable y que después del cataclismo tenía que venir una época fecunda. Si la libertad salía viva de entre un diluvio de sangre y cieno, es que había en ella virtud divina.

En pocas palabras se cuenta la vida privada de madama de Staël. La historia de su corazón es sencilla: profesó un culto ardiente á su padre, el famoso Necker; fué casada dos veces, la primera con un diplomático, el barón de Staël Holstein, calavera y derrochador, de quien tuvo que separarse; la segunda con un joven enfermo, llamado Rocca, á quien compadecía y cuidó asiduamente; fué madre apasionada, y

(1) Luisa Germana Necker, baronesa de Staël Holstein. Nació en París en 1766: murió en París en 1817.

penas y afanes maternos quizás contribuyeron á abreviar su vida. Son tan conocidos estos datos como el episodio amoroso con Benjamín Constant, autor de la indiscreta novela *Adolfo*; pero la vida privada es el elemento secundario en la biografía de la Staël. Los datos significativos y que á la posteridad importan, son del dominio público; la historia intelectual y política de una mujer que permaneció de pie mientras los demás se postraban, y resistió mientras los demás caían en el desaliento. Hay que decirlo muy alto—escribe Pablo Albert—; madama de Staël demostró más valor que casi todos los hombres de su época. Para aquilatar el alcance de este elogio, es preciso recordar cuál fué la suerte de las letras bajo el Imperio; observación que hará comprender mejor que el romanticismo no se desarrollase plenamente hasta la época de la Restauración, siendo los reyes de derecho divino más amplios y tolerantes que el César.

Napoleón atribuía suma importancia á la literatura. Fué escritor de singular energía, orador militar de fascinador laconismo, y, según el dicho de Bourget, el primer psicólogo entre los modernos; y, al proponerse reinar y fundar dinastía, aspiró á que se recordase su tiempo como era gloriosa, no sólo en los campos de batalla, sino también en la esfera intelectual. Nadie ignora sus esfuerzos para que floreciese el teatro, su decidida proyección á Talma, y su tenacidad en atraerse á los escritores, empezando por el águila, Cha-

teaubriand, y siguiendo por aves de más bajo vuelo—, Bernardino de Saint-Pierre, Baour Lormian, Arnault y el hábil Fontanes. A muchos les pensionó, á otros les coronó de laurel, á todos les halagó, mostrándose con ellos expansivo y campechano. Deseaba que, según se dice «el siglo de Pericles» ó «el siglo de Augusto», se dijese «el siglo de Napoleón».

Por desgracia, la restauración literaria que Napoleón procuraba fomentar era hermana de la restauración religiosa tal cual él la entendía, y de las demás restauraciones que en todos los órdenes de la vida iban produciéndose: meros resortes de la política imperial. En manos del hombre que declaraba serle indiferente Mahoma y Cristo, conviniéndole más Mahoma porque al fin predicó con el alfanje, la religión se convirtió en un bando de buen gobierno, y la literatura en elegante pórtico para el templo de la Victoria. Deseando protegerla, entendía que se sometiese sin chistar. Los alardes de emancipación de las letras y del pensamiento, estaba pronto á castigarlos con el látigo. Iba á su fin aquel hombre, á quien no puede regatearse el dictado de grande, pero cuya grandeza, basada en desenfrenadísima ambición, estaba toda erizada de pequeñeces, como el puerco espín de púas.

Desde que da el previsto salto de Cónsul á César, suprime los periódicos y quiere tener á las letras en un puño. «Toda libertad sucumbe— dice Chateaubriand—, y la moral consiste en escribir lo que agrada al soberano.» La crítica

recibe inspiraciones del Emperador: si sale un libro nuevo, pasan por sus manos los juicios. De orden imperial se expide á los autores patente de inmoralidad, de mal gusto y hasta de locura. Si cae un pez gordo—verbigracia, la *Corina* de madama de Staël—, el mismo César coge la pluma y con sus manos vencedoras redacta lo que hoy llamaríamos el varapalo.

En medio de la sumisión universal, había en París un núcleo de gentes que tenía la audacia de pensar y decir lo que les parecía: eran los amigos de madama de Staël, la cual, siguiendo una costumbre ya tradicional en su familia, gustaba de rodearse de escritores y filósofos, y recibía en su salón á la flor y nata de la aristocracia intelectual. Molestábale á Napoleón el grupo independiente, y llamaba con afectado desprecio á los tertulianos de la Staël «los ideólogos, los metafísicos, buenos para echados al agua, bichos que se pegan á la ropa». Este desdén sañudo contrastaba con la indulgencia otorgada al grupo literario de Chateaubriand. Pablo Albert, que ha estudiado esta época con acierto, hace notar el contraste. Publica Chateaubriand el *Genio del Cristianismo*, y le nombran secretario de Embajada; publica la Staël su obra *De la literatura*, y la destierran, iniciando así la persecución no interrumpida con que engrandeció á la escritora el árbitro del mundo. Y es que los reaccionarios no eran peligrosos para Napoleón: obra de reacción (hasta un límite prefijado por el César), tenía

que hacerse, y mejor si la impulsaban las letras. Lo que podía dar cuidado, era la gente intelectual que conservaba parte del espíritu revolucionario. «Repugnábanle á Napoleón—dice Villemain—las doctrinas de progreso social, que habían iniciado la Revolución y podían continuarla. La literatura nueva le parecía una especie de insurrección.»

Desigual era la lucha entre el César y una mujer sin más armas que su pluma, que jamás se ejerció en la sátira y el denigramiento. No cabía en la Staël la prevención de ocultar bajo la ropa el puñal de una invectiva feroz como la que Chateaubriand tituló *De Bonaparte y de los Borbones*. Sería, pues, inverosímil, si no fuese tan cierto, que Napoleón temía á la Staël. Temía, sí, á su mágica palabra, á sus escritos revestidos de la toga viril, á su tertulia, último refugio del alado ingenio.

Ciertamente era Napoleón un hombre rodeado de terribles enemigos, y su caída demostró cuánto se le odiaba en Europa. ¿Qué podía importarle uno más, unas faldas? Pues se diría que ninguno le importó tanto. Contrasta con la moderación y dignidad del tono de la Staël el encarnizamiento de su perseguidor, que aun desde el peñón de Santa Elena, cuando debía rumiar desengaños, se entretiene en hacer que el poco verídico *Memorial* calumnie á la Staël del modo más soez, con chascarrillos de cuerpo de guardia. La guerra de agudezas y chirigotas que Napoleón recelaba, la hacía él por adelantado. No se recuerda ninguna frase

de la Staël que se pueda comparar á esta de Napoleón: «Conocíamos á la urraca ladrona, y ahora aparece la urraca sediciosa.» Bien puede afirmarse que hubo pocas persecuciones más tenaces que la que madama de Staël sufrió. Empezó por los palos críticos de orden ó puño imperial; siguió por la orden de destierro, en 1803, tan apremiante, que negaron á la desterrada tiempo para consultar á su hija con un médico antes de partir; arreció haciendo extensivos los mismos rigores á los amigos y amigas de la Staël, incluso á madama Recamier; los periódicos recibieron orden de no dar cabida á ningún artículo suyo, y al imprimirse en París el después famosísimo libro *De Alemania*, siendo ofrecido un ejemplar á Napoleón con una epístola respetuosa en solicitud del alzamiento de destierro, la respuesta fué una carta insultante del duque de Rovigo y la orden de volverse á Suiza ó embarcarse para América. Abruñó á la Staël este último golpe, y le arrancó una queja: «Tal nube de dolor me rodea, que ni sé lo que escribo.» A veces, sin embargo, el dueño del mundo intentaba congraciarse con la Staël. En cierta ocasión la propuso alzar su destierro si celebraba el nacimiento del rey de Roma: «Todo lo que por él puedo hacer—respondió la Staël—es desearle una buena ama de cría.»

Es fuerza reconocer en este duelo á muerte entre el rey de reyes y la gran literata algo más que el enojo que causan los alfilerazos del ingenio y los fuegos artificiales de una conver-

sación chispeante y arrebatadora. Lo que Napoleón no podía sufrir en la Staël era el pensador independiente, el observador sagaz que le caló á fondo desde el primer instante, y declaró —entre elogios á las superiores facultades del gran capitán—: «Este hombre no considera á los demás como semejantes, sino como *hechos* ó *cosas*. Para él no hay sino él; las demás criaturas son cifras. Es un hábil jugador de ajedrez; la humanidad su adversario, y se propone dar jaquemate.» Cierta día, quizá acordándose de la Staël, dijo Napoleón á uno de sus adictos, el consejero literario de Chateaubriand, Fontanes. «¿Sabe usted lo que más me admira en el mundo? La impotencia de la fuerza para organizar. Hay dos poderes, el sable y la inteligencia, y la segunda acaba siempre por derrotar al primero.»

El mejor amigo de la Staël no hiciera más por su gloria de lo que hizo Napoleón al perseguirla de muerte. Los diez años de destierro fueron, sin duda, amarguísimos para aquella naturaleza más expansiva que soñadora, que no podía vivir sin trato y sociedad, que ante el lago Lemán echaba de menos el arroyito de su calle en París, y que, sin duda, entre los afectos humanos, prefería á todos la amistad fundada en el intelectualismo, y componía sus libros hablando, al fuego creador de la conversación animada y libre. La nostalgia de la sociedad y de la patria debió de precipitar su muerte, ocurrida á una edad en que las facultades del juicio, en ella dominantes, están en su plenitud;

pero el destierro maduró el talento y ensanchó el horizonte á la Staël: lo prueba la diferencia entre sus dos libros capitales, *De la literatura* y *De Alemania*. El segundo, el libro del destierro, es la obra maestra. En el primero todavía predomina la influencia del siglo XVIII y las reminiscencias del salón de Necker; en el segundo hay ambiente universal, y lo hay por primera vez en Francia. Es el evangelio de la estética nueva; de ese libro han de derivarse las ideas críticas y el gusto del siglo entero, no sólo en la revolución romántica, sino en las fases sucesivas del movimiento literario; por ese libro es justo el encomio que dedica Menéndez y Pelayo á madama de Staël, de la cual dice: «Esta mujer, después de haber sido por muchos años la gran sacerdotisa del ideal, todavía influye en nosotros, si no por sus libros, apenas leídos ya, por el jugo y la medula que estos libros contenían, y que se ha incorporado de tal modo con la cultura moderna, que muchos que no han leído página alguna de esas obras están penetrados y saturados de su espíritu, y en rigor podrían adivinarlas. Todo el mundo es plagario de madama de Staël sin saberlo. El espiritualismo y el liberalismo de este siglo han estado viviendo á los pechos de esta madre Cibeles.»

Es, en efecto, madama de Staël un inmenso filón, que el siglo XIX ha ido acuñando en moneda que circula por todas partes. Corren esas monedas sin llevar estampada la efigie de madama de Staël; pero el metal, de ella proce-

de. La crítica moderna, la comprensiva y sugestiva, la que enseña á admirar, á disfrutar y á sentir, nace de la Staël. El libro *De Alemania* sólo podía escribirlo, después de peregrinar por toda Europa, una persona tan saturada de simpatía y de curiosidad intelectual que, sin ser poeta ni artista, vibraba como las cuerdas de las arpas eolias al soplo de las corrientes poéticas. Los descubrimientos y las invenciones de madama de Staël en materia crítica no se aprecian ya, á fuerza de estar desestancadas, de beneficiarlas todos. Sucédele á la *Alemania* lo que al *Genio del Cristianismo*: la obra que cumplieron parece que se hizo sola.

Pertenecen á madama de Staël las siguientes ideas hoy generales: el carácter propio de las literaturas, la rehabilitación histórica de la Edad Media (período que, sin embargo, la Staël no *sentía*), el valor de Shakespeare y de los humoristas ingleses, la influencia de las instituciones y las costumbres en la literatura, la distinción entre el espíritu de la sociedad antigua y el de la moderna, la superioridad de las instituciones políticas inglesas, el valor psicológico del misticismo, la influencia del espíritu caballeresco sobre el amor y el honor, la instabilidad y universalidad de la poesía, y—por no alargar más el catálogo—la distinción entre la poesía clásica y la romántica, palabra que por primera vez escribió la Staël en lengua francesa, y el muy discutible sistema de la perfectibilidad.

De Alemania se sabía en Francia poco ó

nada cuando la Staël hizo de Colón de aquel mundo desconocido, que, á diferencia de Colón, descubrió sabiendo que lo descubría. A lo sumo conocían algunos curiosos el *Werther*. El botín recogido por la Staël deslumbró, y no era para menos. Aquellos nombres ignorados que estampaba la Staël, aquellos escritores y pensadores eran Lessing y Schiller, Goëthe y Herder, Guillermo y Federico Schlegel; eran Kant, entre los hielos de Koenisberg, «contemplando con recogimiento su propia alma», Fichte aspirando á crear, con la actividad de la suya, el universo entero, Schelling queriendo elevar la materia á la dignidad del espíritu, Jacobi fundando la ética en la religión; eran los que desde la fecha de su descubrimiento no han cesado de actuar sobre Europa. Tal fué la obra del libro de *Alemania*, en que hay que reconocer el sabroso fruto de una madurez enriquecida, no sólo con los dones de la experiencia y la reflexión, sino con esa paz y serenidad que adquieren los caracteres nobles, aunque les falte el sello de la adversidad, con sólo el paso de los años y la calma de las pasiones. El tiempo, que amarga, enfría ó petrifica otras almas, aclaró y depuró la de madama de Staël, convirtiéndola gradualmente del racionalismo al cristianismo, de la filosofía del siglo XVIII á las creencias espiritualistas; y mientras Chateaubriand se encastillaba en su egoísmo altanero, la Staël, moralmente más grande que su ilustre émulo, daba el ejemplo edificante y nunca bastantemente alabado de la caridad intelectual.

También de la Staël se había apoderado, á última hora, la tendencia espiritualista, idealista y neocristiana, luz del albor del siglo XIX, que hoy vuelve á alumbrar turbia y mortecina los últimos arreboles de su ocaso. Infinitamente más sincera que la que hoy presenciamos fué la crisis de religiosidad de principios del siglo: la causaban circunstancias y fuerzas de otra magnitud. El gran sacudimiento social á que habían cooperado con su mofa y su crítica gruesa los enciclopedistas, tuvo por desenlace el despotismo militar, y dos períodos tan violentamente activos y á la vez tan represivos como el Terror y el Imperio dejaron á las generaciones abrumadas y exhaustas la herencia de la melancolía. La tierra no estaba cansada de dar flores, según la frase del poeta, sino de beber sangre y de ser herida por los cascos de los corceles de batalla. Victorias y reveses, páginas gloriosas y páginas de duelo, incendios y entradas triunfales, quintas y levas enormes y carnicerías tremendas, la férrea disciplina y el continuo redoble del tambor, eran grave pesadumbre que comprimía la expansión del alma. Al verse libre de la tiranía de la acción, respiró, recobró sus derechos, sintió el aura emancipadora, y al mismo tiempo la pereza contemplativa, la necesidad de sentarse al pie de un árbol, á contemplar cómo corre el agua y se disipan las nubes del cielo. La Restauración, con la inteligente tolerancia artística de Luis XVIII, favoreció la plenitud del pensamiento y del sentimiento, de la imagina-

ción y de la razón, y, sobre todo, del individualismo. El romanticismo se anunciaba cristiano y monárquico, y ofrecía, como prenda de su inspiración religiosa, las *Meditaciones* de Lamartine.

